



➤ SUMARIO ➤

TEXTO.—¿Qué debo yo a la Congregación? (continuación).—Los lobos de mar, *Eloy Alvargonzález*.—Exploración de una gruta, *Ignacio González Gorbeña*.—El P. Amiel: A mi querido amigo Paco, Recuerdos del Colegio, *Ozanam*.—Así mueren los justos; Relación de la edificante muerte de D. Manuel Abascal y Pérez, ingeniero de caminos, canales y puertos, ocurrida en Tudela de Navarra el 31 de Julio de 1913, *Francisco Cavada*.—Colegio de Gijón; El primer mes de curso, *Joaquín N.*—La Iglesia y el paganismo, *Javier*.—Con el sudor de tu rostro comerás el pan, *Doss*.—Apostolado de la Oración.

GRABADOS.—Buenos Aires: Colegio del Salvador—Cuarta brigada; Quinta brigada; Alumnos externos.—Gijón: Pescadores vascongados en sus lanchas boniteras; Pescadores vascongados comiendo su frugal rancho.—Balneario de Molinar de Carranza: Carretera que conduce a la gruta; Gruta próxima al balneario de Molinar de Carranza. Los expedicionarios subiendo a ella; Los exploradores en el interior de la gruta (Fotografía obtenida al magnesio); Figuras esculpidas en la roca; Dos molares hallados en el interior de la gruta.—D. Manuel Abascal y Pérez, ingeniero de caminos, canales y puertos; D. Angel Franca, Doctor en Medicina; Angel, José María y Alfonso, hijos del malogrado ingeniero D. Manuel Abascal.—Colegio de Gijón: Los seises de la Inmaculada en 1913.—Con el sudor de tu rostro comerás el pan.—Preciosa muerte de San José Oriol.

GUSTAVO GILI, Editor, C. Universidad, 45, Barcelona.

LA ELECTRICIDAD Y SUS APLICACIONES



Por el Dr. Leo Graetz, Profesor de la Universidad de Munich, Versión de la 16.^a edición alemana, por el Dr. E. Terradas, Profesor de la Universidad de Barcelona.—Un hermoso volumen de 586 páginas, con 667 grabados. En rústica, 13 pesetas; encuadernado en tela, 15 pesetas.

En poco tiempo se han agotado en Alemania 16 ediciones de este libro, que suman un total de **76.000 ejemplares**, lo cual constituye el éxito mayor alcanzado hasta hoy por un libro de esta clase.

En nuestros días, la electricidad ha invadido de tal modo los quehaceres todos de la vida, que su conocimiento se ha hecho indispensable, no sólo a los profesionales, sino á todos los hombres, cualquiera que sea su situación o su oficio, pues a todos es útil en algún momento tener idea clara de las manifestaciones y de las leyes de la Electricidad, así como de sus maravillosas y múltiples aplicaciones. Científicos y comerciantes, empleados e ingenieros, militares y obreros, profesores y alumnos, fabricantes y propietarios, hombres dedicados a cualquier ramo de la política o de los negocios, en una palabra, cuantos en el mundo trabajan con sus manos o dedican su inteligencia a dirigir y organizar el trabajo ajeno, necesitan familia-

rizarse con la Electricidad y conocer sus conquistas. De cuantas obras se han publicado para satisfacer esta necesidad, ninguna puede compararse con la del Profesor Graetz, conocida hoy en todos los centros científicos de Europa con el sencillo nombre de **el Graetz**. El éxito alcanzado por ésta, se debe, por una parte, a su espléndida presentación y a la riqueza y bondad de los grabados, pero principalmente a la *extraordinaria claridad* con que el autor expone las más difíciles cuestiones de la ciencia, a la amenidad de las explicaciones, a la magistral concatenación de los fenómenos y de las teorías, que pone de relieve los hechos y las ideas culminantes, sin dejar de prestar la debida atención a los pormenores que presentan algún interés. Además, gracias á la metódica distribución del libro, es posible encontrar en él, al instante y sin vacilar, el dato, el informe o la explicación que hace falta para una aclaración de momento.

Cada capítulo del Graetz equivale a un tratado especial completo, y la obra, en conjunto, presenta en todos sus aspectos los últimos adelantos de la Ciencia y de la Industria eléctrica; constituye el punto de vista más moderno de cuanto el hombre sabe y puede en materia de Electricidad.

La «Electricidad y sus aplicaciones» ha sido traducida en poco tiempo, no solo al español, sino también al francés, al italiano y al ruso, siendo en la actualidad una de las producciones científicas más populares del mundo entero.

PÁGINAS ESCOLARES

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA PARA JÓVENES ESCOLARES

Año X.

Gijón, Noviembre de 1913

Núm. 115

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

¿QUÉ DEBO YO Á LA CONGREGACIÓN?

Continuación (1)

V.^a

La Congregación ha sido para mí un centro de educación en la peligrosa edad de la juventud; en ella he aprendido a vencerme a mí mismo, y ella ha sido después mi protección en los muchos peligros y escollos de mi vida pública.

VI.^a

La Congregación es el sol de mi vida; ella me ha llevado por María a Jesús, fuente de nuestra felicidad; por ella y por la eficacia de la oración hecha en común por muchos oye sin duda la Santísima Virgen, mi dulcísima Madre, todas mis súplicas. En la Congregación y en el trato de tantos compañeros de mis mismas inclinaciones y aspiraciones he encontrado mi mayor y más pura dicha. La Congregación me ha corregido de numerosos defectos, me ha hecho conocer y amar la virtud proporcionándome tan divinos medios y ocasiones tan numerosas de practicarla que ni para pensar en otras puerilidades me dejaba tiempo. Y como la Congregación, además, nunca abandona a sus hijos, por eso vivo yo en ella enteramente tranquilo y seguro de que tampoco a mí no me ha de abandonar y dejar solo a mis aventuras.

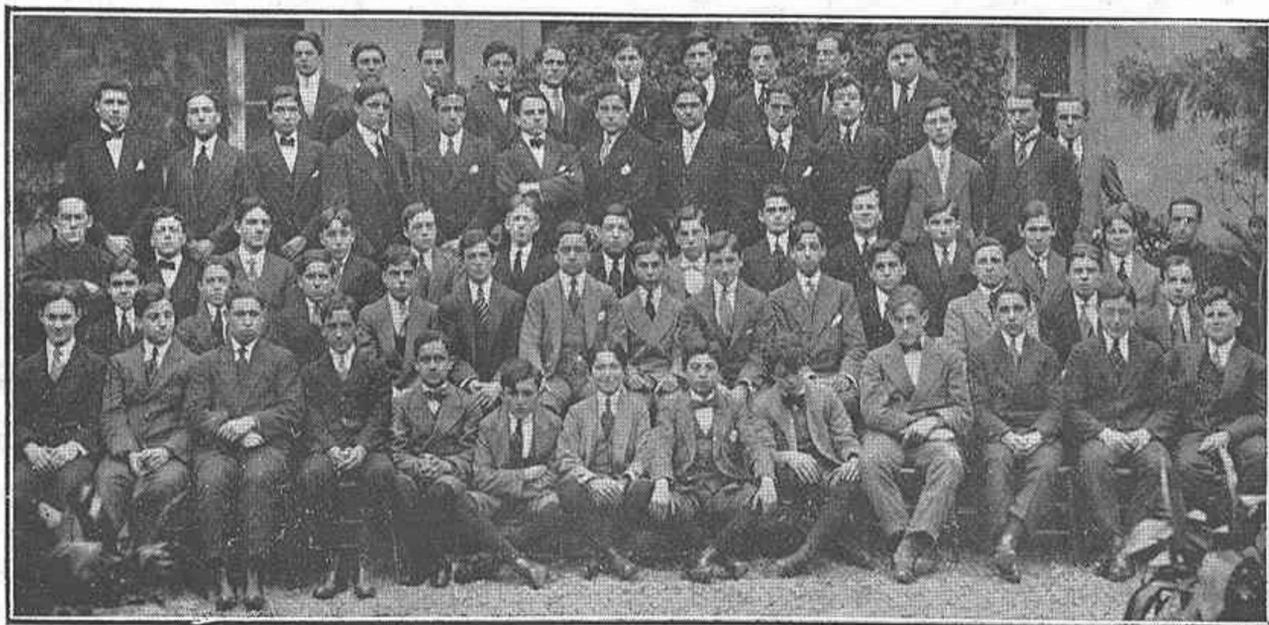
VII.^a

Yo debo a la Congregación primeramen-

(1) Véase el número de Octubre.

te un cambio muy favorable en mi modo de ver las cosas; en segundo lugar una convicción profunda de las sanas doctrinas religiosas y una definitiva vuelta hacia el bien.

A los 13 años quedé huérfano y la suerte me arrojó indefenso al extranjero, como hoja que arrebatada el vendaval: sólo la bendición de mi moribunda madre me seguía. La vida indiferente que en el extranjero llevé y los libros de todo género que leí, ahogaron en mi alma los escasos y no bien desarrollados gérmenes de religión que en ella se abrigan, viniendo yo por lo mismo a descuidar por completo durante años enteros el cumplimiento de mis deberes religiosos. Mas tarde entré algo en mí, comencé a oír algún que otro sermón y con las enseñanzas



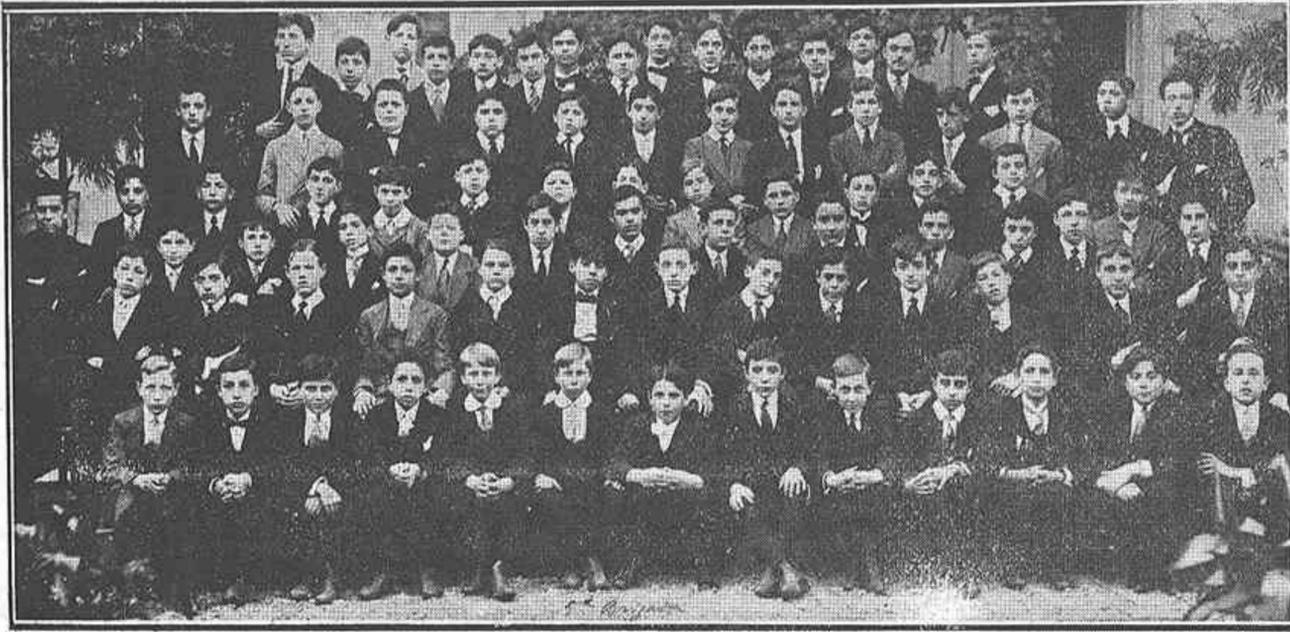
BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador.—Cuarta brigada

que en ellos aprendí pude desechar no pocas preocupaciones. Pero todavía me faltaba un guía que me introdujese del todo en el buen camino.

Un día vino a mi casa un comerciante que después de arreglados nuestros negocios mercantiles, me dijo a boca de jarro: le es-

toy leyendo a V. en la cara un pensamiento; usted quiere ser congregante ¿no es verdad?

Ni por las mientes me había pasado a mí semejante cosa; pero en fin, le pregunté lo que eso era y a qué obligaba, y él me lo explicó tan satisfactoria como amablemente. Y no hubo más, desde aquel momento me resolví a ser congregante y espero lo seré hasta la muerte. Desde entonces el árbol, cu-

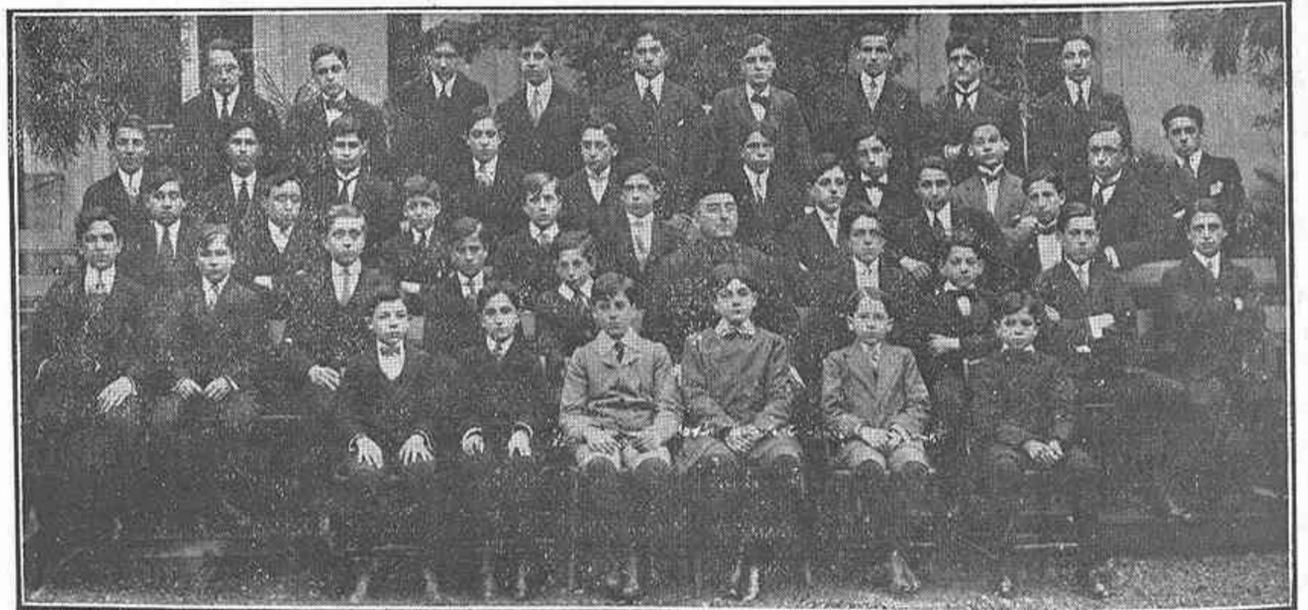


BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador.—Quinta brigada

yas hojas y flores habían desaparecido arrebatadas por el torrente de la vida, comenzó a retoñar de nuevo y espero en Dios seguirá dando sin intermisión sazonados frutos.

VIII.^a

Yo debo a la Congregación, primero un amor filial a la Santísima Virgen; segundo, un espíritu de sacrificio que cada vez se me arraiga más hondamente en el alma al leer en libros y revistas las heroicas hazañas de tantísimos congregantes así de otros como de nuestros mismos tiempos y días; tercero, una vida alegre; pues la Congregación me ha enseñado que nuestra felicidad está en llevar diariamente con alegría y por amor de Dios la Santa Cruz. Cuarto, un conocimiento íntimo de mí mismo y un deseo encendido de ir siempre en seguimiento de Jesús, tras mi Madre María.



BUENOS AIRES.—Colegio del Salvador.—Alumnos externos

IX.^a

Un joven con muchos cuidados exteriores vivía enteramente alejado de Dios y en la mayor desesperación por la penosa enfermedad de un pariente a quien amaba entrañablemente. Pero un día los remordimientos y el sentimiento de su impotencia para alejar de sí el azote con que el Señor hondamente le hería, le hicieron humillarse y le llevaron al confesionario. Allí le tenía preparado el Señor un celoso sacerdote que le dió a conocer la Congregación mariana allí recientemente fundada. Aquella semilla arrojada con exquisito tacto y arte en el corazón del penitente fructificó, aunque no sin

haber freído el primero consigo mismo fuertes batallas por ahogarla. Entró pues en la Congregación y como por encanto renacieron de nuevo en su alma la paz y la alegría. Sus trabajos no disminuyeron, pero los llevaba con más grandeza de alma y más cristiana resignación. Ya comulga cuando menos mensualmente y asiste sin falta a los actos de la Congregación que se le hacen tan dulces y hermosos que no piensa, pasado el uno, sino en cuándo llegará el otro.

(Se continuará.)

LOS LOBOS DE MAR

Ved en los grabados adjuntos dos retazos del pintoresco cuadro que ofrece el muelle de Gijón durante la costera o pesca del bonito. De vuelta de sus excursiones pesqueras descansan y cenan los tripulantes a bordo de sus boniteras lo mismo que pudiera hacerlo el artillero recostado en el cañón después de la batalla.

El sello de honradez que llevan impreso en sus frentes los marinos revela su procedencia: son marinos vascongados. Lobos de mar los llaman por la audaz temeridad con que arrostran en sus débiles barcos las iras del Cantábrico, y por cierto que con sobrada razón, como se verá en el decurso de este artículo, en el que se apuntan algunos datos sobre la vida cristiana y abnegada de estos valientes pescadores.

Abandonan sus puertos los pescadores vascongados, mediado Julio, en que por el

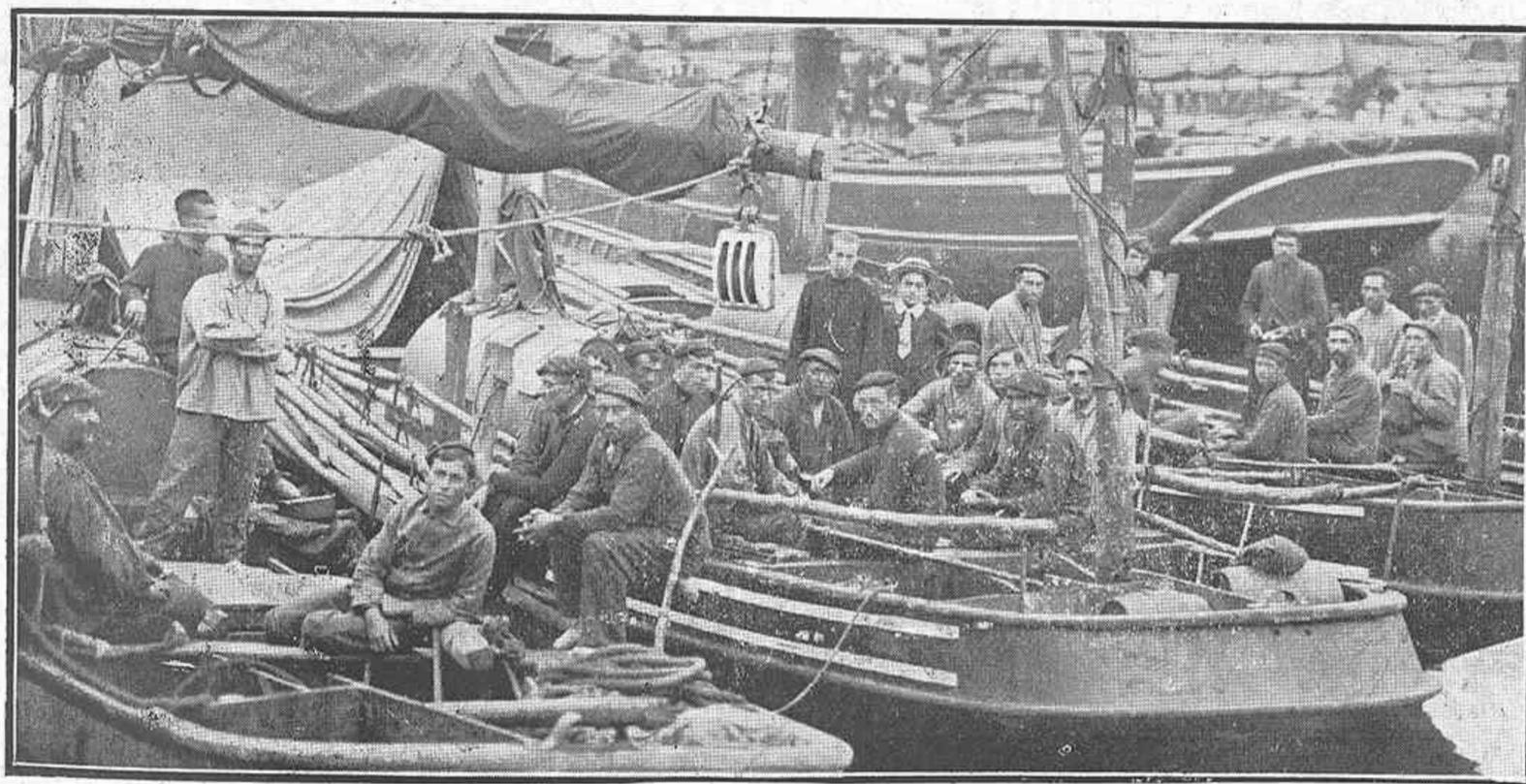
fábricas que en esta y en el vecino puerto de Candás se encuentran.

Providencia de Dios es la afluencia de tanto vascongado en el puerto de Gijón durante esa época veraniega, pues la vida que hacen es la cristiana propia de aquellas provincias en que tan arraigada está la fe de nuestros mayores.

Es ordinario verles de vuelta de sus excursiones pesqueras, bendecir descubiertos su frugal comida y rezar el santo rosario a bordo de sus boniteras, excitando la admiración y simpatías del numeroso público que va a esperar su regreso de las expediciones marinas.

Estas lo son en toda la acepción de la palabra y exigen en los expedicionarios una audacia a toda prueba.

Agrupados en flotillas de tres y cuatro boniteras con las que forman compañía, salen los pescadores del puerto á las dos de la madrugada y se alejan de la costa en busca de la pesca diez, veinte y más leguas mari-



GIJÓN - Pescadores vascongados en sus lanchas boniteras

desove que en ese tiempo suele tener lugar, se acercan a la costa y salen a la superficie del mar los atunes y bonitos. Las lanchas y vaporas que tripulan reciben por la pesca a que con preferencia las dedican, el nombre de *boniteras*. Al desparramarse los pescadores por todo lo largo del Cantábrico, buscan con preferencia para puerto de retiro aquellos en que por hallarse fábricas de salazones se hace más fácil la venta del pescado. A ello se debe la afluencia de un millar de vascongados al puerto de Gijón debido a las

nas quedando, si es preciso, dos y tres días en alta mar sin regresar a tierra.

Cuando sucede esto último, que es con frecuencia, al llegar la noche rezan en común el santo rosario, y acomodándose lo menos mal que pueden sobre cubierta los ocho o nueve hombres que forman la dotación de la bonitera, se entregan al sueño, dejando la lancha a merced de las olas. No una sino varias veces el silbido de la tempestad que se avecina ó las olas que azotadas por repentino huracán se encrespan y asal-



GIJÓN.—Pescadores vascongados "comiendo su frugal rancho

tan la cubierta los despierta de su sueño, y entonces, sin inmutarse, ponen la proa y se dirigen serenos a tierra de la que distan tal vez muchas leguas. Esta temeridad que raya en desprecio de la vida es en ocasiones causa de muchas desgracias: reciente está aún en la memoria de todos la catástrofe de Bermeo en la que hubo más de un centenar de víctimas.

Familiarizados estos hombres de hierro con la presencia de la muerte a la que tan cerca han visto muchas veces, es hermoso y sublime contemplar la sangre fría y cristiana resignación con que se enteran o dan noticia de las nuevas víctimas que causa el mar en sus filas.

«Dios nos le llevó» decían este año de uno que a fines de Julio fué arrebatado por el vendabal al izar una vela y pereció ahogado a unas catorce leguas de la costa. Veintitres leguas se habían alejado en otra ocasión, a mediados de Agosto, cuando formándose una repentina tormenta, comenzaba a llover, en frase suya, rayos y centellas en torno de las flotillas.

Atemorizados los pescadores con tan terrible borrasca comenzaron a desandar lo que con tanto trabajo habían recorrido. La tempestad los persiguió en su retirada. Un rayo hace presa en una bonitera..... y al volver momentos después en sí el patrón de la lancha, víctima de desmayo momentáneo, distingue tendidos como muertos sobre cubierta a sus ocho compañeros. Un cuarto

de hora después volvía en sí uno, luego poco a poco volvieron los restantes menos uno que el Señor había escogido como víctima entre todos. Al reconocerle le encontraron en la espalda un pequeño agujero abierto por la centella que le había causado la muerte.

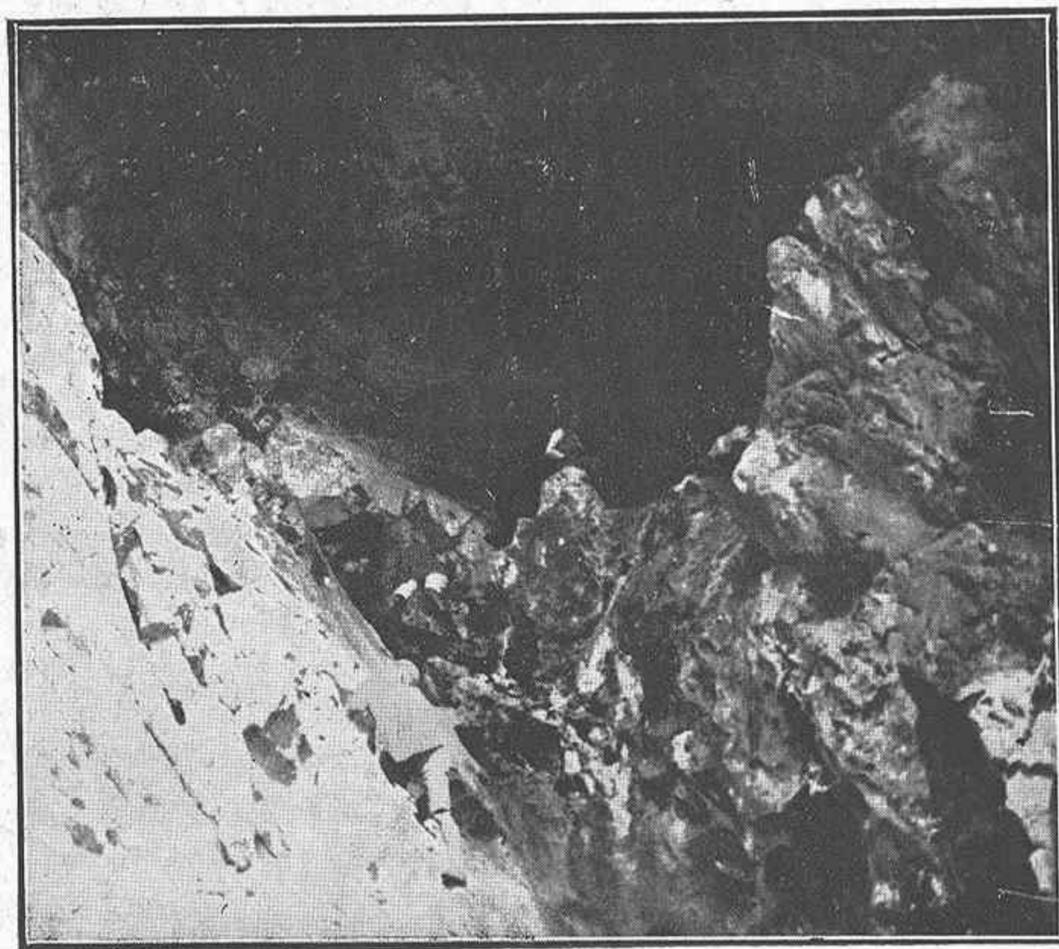
Preguntaba yo en una ocasión al patrón de una bonitera que si no temían al mar, especialmente cuando por las noches dejaban expuesta la embarcación a merced de las olas. La respuesta que obtuve es digna de figurar como modelo de confianza y abandono de un pueblo en manos de la divina Providencia: «Miedo? ¡para qué lo vamos a tener! Si Dios quiere que muramos moriremos, y si no, no: así es que a El le dejamos al cuidado de la lancha.»

Las costeras de atún y bonito, antes tan ricas y abundantes en la costa del Cantábrico han venido a menos sin que se sepa explicar su causa. Más ricas y productivas resultan en el Mediterráneo, sobre todo en la costa de Italia, en donde se pescan al día miles de bonitos, utilizándose para ello redes de tejido muy fuerte y de una legua y más de extensión, que son arrastradas por vapores de potente maquinaria hasta la orilla, en donde se da muerte a mazazos a los pescados. La costera del año pasado fué la mejor que de varios años a esta parte se había tenido en estos mares, y la de este año, aunque inferior a la del anterior, no lo ha sido hasta el punto que haya sido negocio

la que hallamos trozos de pedernal labrado, que parecían pedazos de flechas, innumerables huesecillos de animales pequeños y los dos molares cuyo dibujo insertamos.

Llenos de júbilo volvimos al balneario y bien pronto cundió entre los bañistas el interés y entusiasmo por nuestras exploraciones, hasta el punto de querer muchos tomar parte en nuestros descubrimientos.

Al día siguiente nos acompañaron en nuestra excursión a la misma gruta el Doctor D. C. Compaired, médico del balneario, afamado rinotolaringólogo que se dignó obtener las fotografías que reproducimos, y el Sr. D. Wenceslao Andersch que se tomó



Gruta próxima al balneario de Molinar de Carranza. Los expedicionarios subiendo á ella.

la molestia de dibujar exactamente las dos figuras esculpidas en la roca. A ambos señores damos las más expresivas gracias.

Dejamos para otra ocasión el examen detenido y concienzudo del gran pozo de la gruta; pues tenemos suficientes motivos para creer que allí hemos de descubrir interesantes curiosidades.

Ignacio González Gorbeña

Colegial de Orduña

EL P. AMIEL

A mi querido amigo Paco,

Recuerdos del Colegio

I

El caso sucedió en el hermoso colegio de San José que poseen los PP. Jesuitas en la ciudad de X. Imagínate un hermoso patio cuadrado como ese en que tu juegas todos los días, con sus dos grandes puertas en dos ángulos contiguos, con el pasadizo al patio grande y con la puerta y escalera que conduce al primer piso y dormitorios, en uno de los apuestos.

Era el día de Todos los Santos, al atardecer, momentos antes de la hora, para nosotros tan ingrata, de entrar en el salón de estudio y cuando los niños parecían redoblar el afán de jugar ante la tétrica perspectiva de dos horas de quietud.

Un niño, pequeño como tú, de tu mismo nombre, de grandes ojos castaños, de finísimo cutis realzado con la habitual y triste sonrisa de sus labios, entró en el patio por una de las puertas grandes, con las manos en los bolsillos de un hermoso gabán de invierno que aquel mismo día había estrenado.

¡Paco, Paco!—gritaron varios niños y corrieron a rodearle preguntándole a porfía:—«¿Qué tal lo has pasado? ¿Te has divertido mucho?»

Y era que la llegada de una tía de Buenos Aires había sido para Paquito causa de un paseo por la ciudad.

Paquito correspondía con su natural finura a las muestras de amistad de sus compañeros a medida que iba internándose en el patio e interesándose ante el reñido partido de zancos que entonces jugaban varios niños. Sin embargo, las repetidas veces que paseó su mirada por el patio, indicaban que el niño echaba de menos a alguien que hubiera deseado se

le presentase en compañía de los demás. En cambio tropezaron sus ojos, frente a frente con el P. Amiel, su Inspector, que atentamente miraba todo aquel cuadro, sin perder ninguno de sus pormenores.

El niño, que era cortés por naturaleza, juzgó con mucho acierto que el pretender disimular que no había visto al Padre, hubiera menoscabado la reputación de inteligente y listo en que se le tenía, y que el hacer alarde de no presentarse á él con un *¿qué se me da a mí?*, era un acto de grosería que repugnaba a sus naturales sentimientos punzoneros.

Apretó, pues, el paso y con cara de forzada risa púsose en presencia del P. Amiel, olvidando por un momento las relaciones algo tirantes que con él conservaba; y al verle se adelantó el Padre a saludarle:

— ¡Hola, D. Paco! ¿Qué tal se ha pasado el día?
— Muy bien, Padre, gracias.—Y alargando un

puñado de pastillas de café con leche, que había comprado, añadió:—Tome usted, Padre.

—No, hijo, nó; eso para tí—le dijo el Padre.

—Bueno, pues para repartirlas.

—Que Dios te lo pague,—repuso el P. Amiel, agitando la campanilla a cuya señal habían de obedecer los niños abandonando puntualmente el juego y disponiéndose a acudir con tiempo al segundo toque, para entrar luego en el salón en ordenadas filas.

Paquito pronunció entre dientes un tímido adiós, descubriéndose respetuosamente, se alejó del Padre Amiel y respiró como quien se ve descargado de un enojoso y modesto compromiso.

Apenas había andado quince pasos cuando le saltó al cuello Pepe, el amigo a quien Paco había echado de menos, para quien tenía tantas cosas que contar, tantos secretos que comunicar, tantos regalos que ofrecer.

¡Cuántas cosas se dijeron en los pocos minutos que pudieron hablar!

—¿Dónde estabas metido que no te veía?

—Buscando un zanco para jugar, y luego te ví cuando estabas hablando con el Padre, respondió Pepe.

—Ya traigo aquello—dijole al oído Paco, y después de haberse asegurado con un ligero movimiento de cabeza de que el P. Amiel no los miraba, levantó un poco el gabán por la solapa izquierda y mostró a su amigo algo que tenía escondido en el bolsillo interior.

El pícaro del P. Amiel que se hacía el distraído repartiendo a unos y a otros los caramielos de Paquito, no perdía un punto de cuanto ocurría entre los dos amigos, y dijo para sus adentros: «Contrabando tenemos.» Agitó de nuevo la campanilla, y Paquito y Pepe, pasándose mutuamente el brazo por el cuello, continuaron en su interesante conversación hasta el punto en que se formaban las filas, donde les fué forzoso separarse para acudir cada uno al punto que le correspondía. Se separaron con un movimiento de cabeza, que el P. Amiel tradujo sin la menor vacilación en la frase de: «Hasta luego, y mucho cuidado!»

Por fin sonó el tercer campanillazo, y todo aquel grupo de colegiales enmudeció como por encanto y penetró silencioso en el amplio salón de estudios.

Bien sabes tú, cómo los domingos y días de fiesta más principales del año, salen los congregantes a la capilla a fin de practicar, presididos por el P. Espiritual, los actos y ejercicios propios de la Congregación; y cómo los que no son congregantes continúan estudiando bajo la vigilancia del Inspector.

Aquel día, festividad de Todos los Santos, había congregación, y con los congregantes salieron, cuando llegó la hora, Pepe y Paquito.

Siempre he creído que el refrán «de más discurre un hambriento que cien letrados,» puede muy bien aplicarse á los niños de un colegio; pues

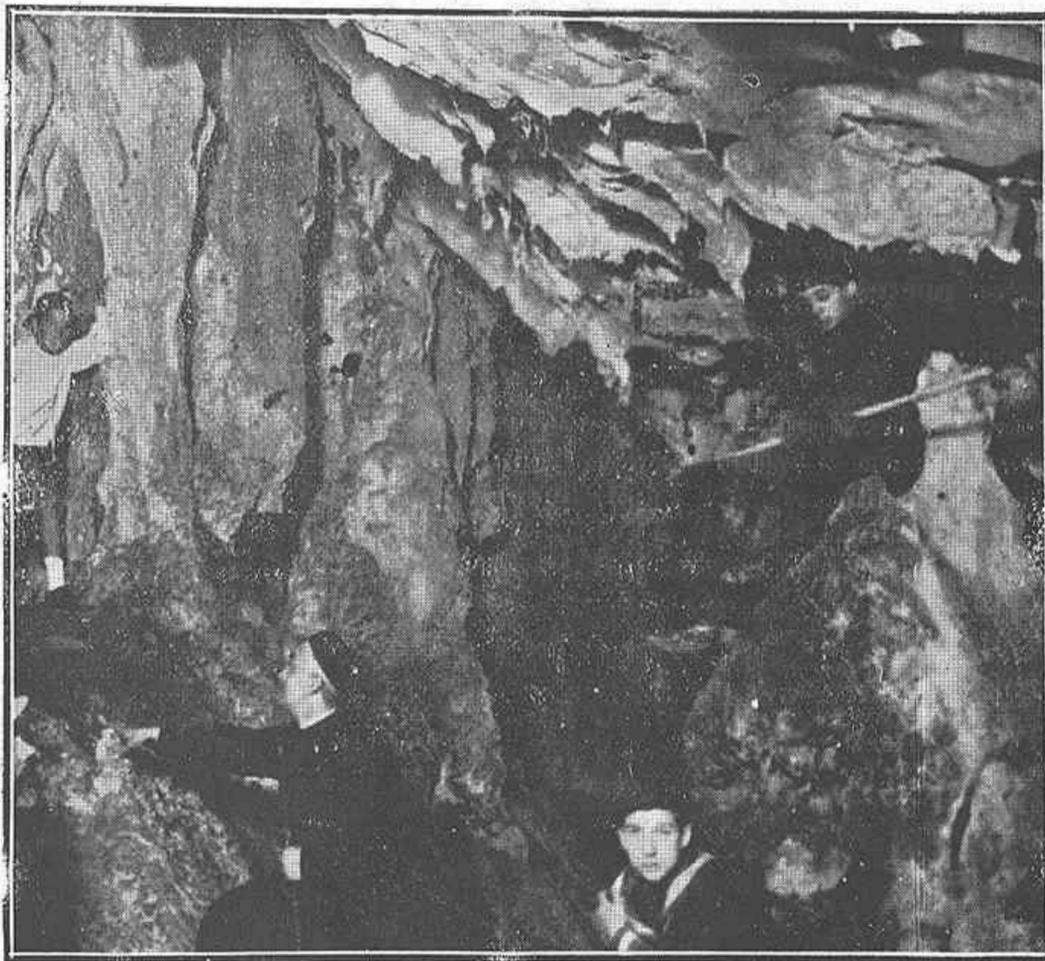
no tiene tanta hambre de pan un mendigo, cuanta tienen de travesuras muchos colegiales.

Es lo cierto que Pepe y Paco se dieron tanta maña primeramente para colocarse los últimos en las filas, y luego para burlar la vigilancia del Padre que los llevaba, que en vano los hubieras buscado en la capilla cuando el P. Espiritual dió principio a los actos de la Congregación.

—Pues, ¿por qué arte de encantamiento desaparecieron y a dónde fueron? Oyelo.

II

El piso segundo correspondiente al patio, estaba habilitado para los espaciosos dormitorios, y en una parte aislada de ellos que sobraba para los



Los exploradores en el interior de la gruta.—Fotografía obtenida al magnesio

alumnos, se aposentaban algunos criadillos del colegio.

A una de aquellas camarillas inhabitadas desde hacía tiempo fueron a parar como dos aves nocturnas nuestros dos pícaros jovencuelos. Sacó cada uno un aromático *susini*, encendió Paco una cerilla y pusieron a fumar con un aire de seriedad y naturalidad propias de quienes están usando legítimamente de un derecho que les pertenece.

—¿Sabes que mañana van a la finca con el Padre Amiel todos los que en este mes han sacado buenas notas?—dijo Pepe.

—¿A que no me lleva a mí, por dos miserables *e* (1) que me puso en aplicación? ¡Y qué tirria me tiene ese P. Hiel! Pero, ¡si él supiera toda la que le tengo yo! Con decirte que soy capaz de rodear tres kilómetros por no pasar junto a él en ninguna parte del colegio! ¡Pues que se fastidie! Mañana, mientras él esté fuera, convidaremos a Méndez, Ricardo y Félix, y hemos de acabar con las dos cajetillas, y no se estudia ni una palabra.

(1) *e*, significa bien; *ae*, casi muy bien; *a*, muy bien.

Así desvariaba Paquito, injustamente agriado por dos insignificantes castigos que el P. Inspector le había impuesto para castigar el nativo orgullo de que se dejaba llevar inconsideradamente.

Pepe, que apreciaba a su P. *Miel*, como él decía, no acertaba, o más bien no se atrevía responder a su ofendido amigo con los mil argumentos que se le ofrecían en favor del cariñoso Padre, cuyo acendrado afecto, desinterés y afán por el bienestar de sus inspeccionados, llegaba hasta los límites de la exageración.

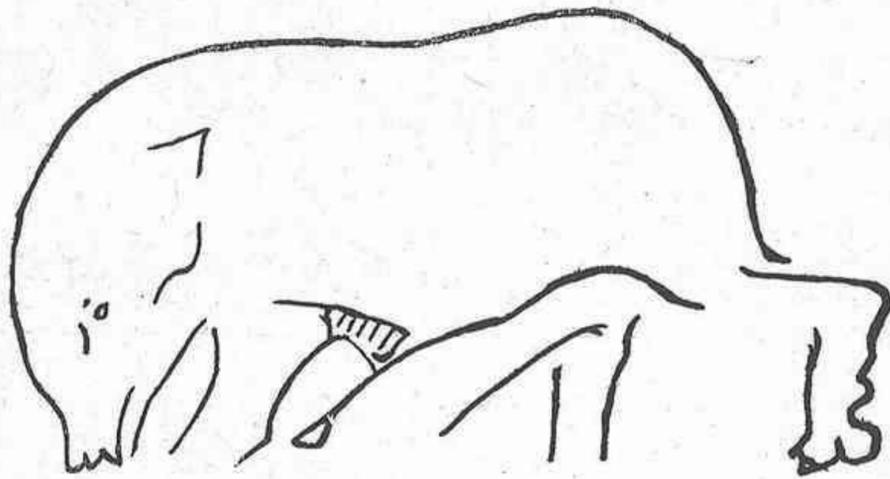
Mas... ¡oh alegrías y goces de este mundo mísero y traidor!... Pasos... cuchicheos... ¿quién podía andar por allí a aquellas horas?

¿No has visto alguna vez con qué azoramiento y rapidez se hunden en sus madrigueras los ratonzuelos que las abandonaran, al ruido de una puerta que se abre? Pues así, ni más ni menos, se ocultaron los dos rapaces ante aquel siniestro ruido, apretujándose contra la pared, tras la puerta, poseídos de grandísimo miedo.

Dejémoslos así, pagando en aquel tormento la pena de su fechoría, y vámonos tu y yo, más sossegados y tranquilos al salón de estudio, donde dejamos poco hace al buen P. Amiel.

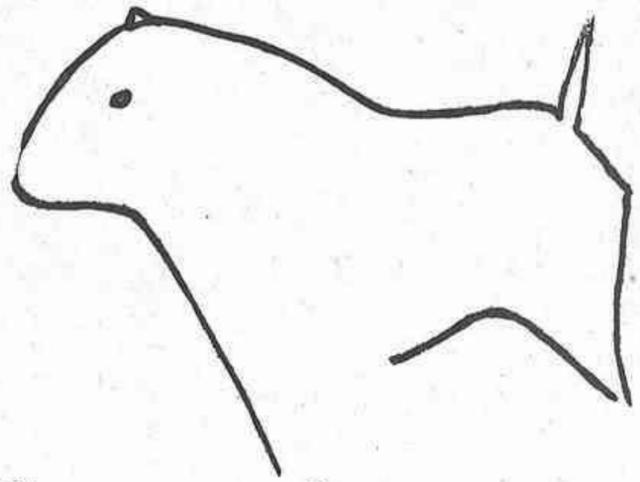
III

Por una inexplicable distracción, Paquito subió a la capilla sin el gabán que al comenzar el estudio dejó colgado en una percha, y dió el Padre con el misterioso bolsillo y con las dos cajetillas de *susinis*, que, á decir verdad, le tranquilizaron.



1

Figuras esculpidas en la roca



2

«¡Bah!, exclamó para sus adentros; mal hecho está; pero cosa peor pudiera haber sido... ¡Tate!, y en esta faltan dos pitillos... ¡Son el diablo! Pues, no señor, mañana ha de venir Paco a la finca; luego pensaremos en lo que convenga hacer. Se vé que la cita era para esta noche...»

Hablando así consigo mismo, llamó el P. Amiel a un Padre que le sustituyera en el salón, y él fué a verse con el P. Prefecto a fin de ultimar la distribución extraordinaria del día siguiente en favor de los niños buenos y aplicados.

Hallóle en uno de los tránsitos, muy cerca de la escalerilla que te dije conducía a los dormitorios. Habíanle avisado de no sé que desperfectos en uno de los dormitorios y quería verlo por sí mismo para mandarlo arreglar.

Eran, pues, el P. Prefecto y el P. Amiel los que tan inoportunamente entraban a turbar el rato de solaz, que creían haber conseguido, gracias a su pesquis, Pepe y Paquito.

Llegaron pausadamente frente a la camarilla

número 77, donde lucía con tenue luz una bombilla eléctrica de cinco bujías con el único fin de que no quedara aquel sitio completamente a oscuras durante la noche. Detúvolos súbitamente el fuerte olor a tabaco que se respiraba; pero la circunstancia de haber el P. Prefecto sorprendido varias veces á los criados fumando en aquel mismo lugar, alejó de la mente de ambos Padres toda sospecha, y conviniendo en que era necesario poner pronto remedio a aquel abuso, allí mismo, frente a frente de la puerta casi totalmente entornada de aquella celda, refugio de dos almas en pena, sostuvieron el siguiente diálogo:

—¿Conque ha puesto usted en la lista á Paquito Núñez?

—Sí, Padre, creo que es indispensable que vaya, respondió el P. Amiel.

—Pues, mire, P. Amiel, esta papeleta que acaba de llegar a mis manos. Y acercándose cuanto pudo a la mortecina luz, leyó:

«Amigo Pepe Trueba: El domingo salgo con mi tía; ya me dirás lo que quieres que te traiga, para que tengamos una buena juerga. Mira como te tiene rabia el Padre; hoy te ha castigado sin justicia. Otra vez no le cunplas el castigo...

Tu amigo que te quiere, Francisco Núñez.»

—¿Qué le parece?

—Me explicaré, Padre, repuso el P. Amiel. No le cause la menor extrañeza, ni le alarme la falta de respeto, ni esos conatos de mala propaganda que se descubren en esas líneas. Un niño jamás contrariado en sus caprichos, ¿cómo ha de mirar al primero que con mano firme le sujeta al yugo

de la disciplina y le pone al descubierto el orgullo que informa casi todas sus acciones, gestos y palabras?

Nada, pues, más natural que desahogue su amargura y que lo haga contra quien él tan equivocadamente se imagina que le tiene tirria, según varias veces lo ha afirmado. Muy listo es Paco, para que, apenas se amortigüen esos primeros movimientos de su natural altivez, no entienda que lo que el Padre pretende es purificar de la escoria que lo afea, ese corazón de oro que Dios le ha concedido. Así que, cuanto dice esa papeleta, carece de importancia y téngalo de mi parte por muy perdonado.

En cuanto a lo que se proyecta, creo que no pasará de la intentona de fumar dos paquetes de cigarros que ha traído Paco y que se los he dejado en su gabán para no verme obligado a castigarle mañana, y privarle del premio que, a mi juicio merece.

—No estoy en todo conforme con usted, Padre

Amiel; pero no quiero privarle de practicar ese hermoso acto de perdón, que sin duda ninguna, Dios bendecirá...

Y caminando lentamente desaparecieron en el siguiente dormitorio.

¡Qué cuarto de hora aquel más horrible y atormentador! En aquellos breves minutos experimentaron los infelices juerguistas sudor, frío, bascas, fiebre, descoyuntamiento de huesos, forzados estaban, a no menearse de la violenta postura que en un principio tomaron.

Pero al fin, respiraron, y como dos espantados murciélagos volaron de aquel antro y sin decirse más palabras que: «tu por la puerta lateral, y yo por la grande», lograron mezclarse entre los demás congregantes de la capilla.

IV

Mucho se divirtieron los niños en la finca al día siguiente. No tardó el P. Amiel en averiguar la poca puntualidad con que acudieron a la Congregación Pepe y Paquito el día de Todos los Santos; aunque en su vida hubiera sospechado cuán cerca de sí los había tenido. Persuadióse, como era verdad, de que aquella ausencia era debida a la cita del patio con el fin de fumar los dos cigarrillos que faltaban en uno de los paquetes, y así, dos días antes del famoso percance y con el intento de que él mismo descubriera su pecado, presentóse a Paquito el P. Amiel a la hora de acostarse y díjole amable, pero gravemente: «Siento tener que imponerte un castigo fuerte tras un premio; pero tu falta así lo exige. Desde mañana te privarás de un recreo y además te quedarás aquí de rodillas un rato hasta nuevo aviso.»

Tres días trascurrieron sin que aquel niño diera de sí más muestras que las de una aplicación y una formalidad inusitadas; formalidad que bien pudiera ser efecto de una ira reconcentrada y que al P. Amiel traía entre pensativo y triste por temor de ver frustrados una vez más sus esfuerzos para ganar a aquel alumno por quien tanto se interesaba.

Cuando la tercera noche fué a notificarle que había cesado el castigo, ¡cuál no sería su asombro cuando Paco, cogiéndole resueltamente la mano, besándosela muchas veces y bañándosela con lágrimas, le dijo: «Perdóneme, Padre Amiel, perdóneme lo mal que hasta ahora me he portado; le prometo que he de ser muy otro en adelante. Usted es un santo.» Y sacando las dos cajetillas tal como las había visto el P. Amiel en el gabán del niño, díjole éste: «Téngalas, Padre; aunque usted sabía esto, no se las quise entregar por cumplir antes el castigo y para que vea que le hablo de veras.»

El buen Padre levantó al niño del suelo y díjole afectuosamente: «No me engañaba el corazón cuando me hacía formar del tuyo la excelente idea que de él siempre he tenido. Todo perdonado y olvidado. Pero, ¿cómo dices que te constaba que yo sabía tu contrabando, y cómo no me lo has descubierto antes, si precisamente estaba yo aguardando esto para perdonarte.»

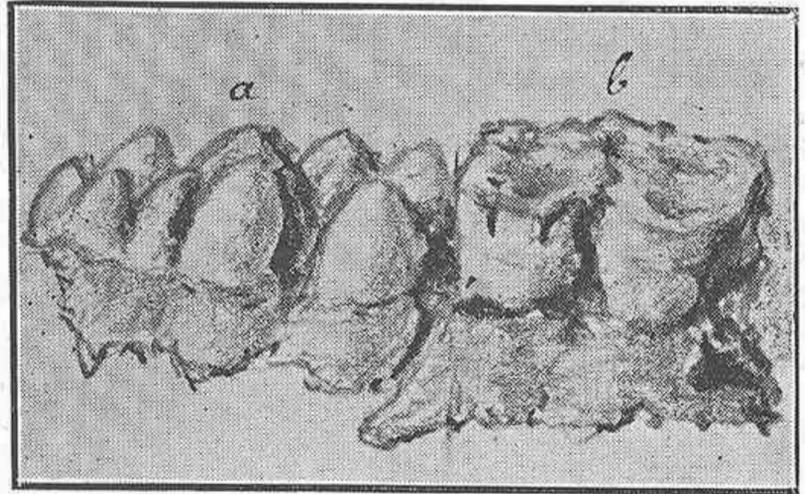
—No se lo he dicho, porque no quería que me perdonase, y lo sabía porque se lo oí todo el día pasado.

—Pero, ¿qué es lo que oíste?

Y aquí refiere Paquito todo el percance que tu conoces, con todos los pormenores que te acabo de referir.

Me imagino que el P. Amiel no durmió aquella noche de satisfacción, porque parecía estar oyendo sin cesar aquellas palabras del P. Prefecto: «Ese hermoso acto de perdón, Dios lo bendecirá»; y tanto lo bendijo, que Paco quedó transformado para siempre, y hoy es un joven intachable en quien se fundan las más halagüeñas esperanzas.

Fácilmente entenderás, querido Paco, la moraleja que de esta verdadera historia se desprende.



Dos molares hallados en el interior de la gruta

Persuádete que esos Padres, bajo cuya vigilancia te han puesto los tuyos, están sumamente interesados en que seas feliz en el colegio y continúes siéndolo después. Jamás digas: «El P. Fulano me tiene rabia,» porque podrá muy bien suceder que sea quizás el que más se sacrifique por tu bien.

Ozanam

Congregante Mariano.

ASÍ MUEREN LOS JUSTOS

Relación de la edificante muerte de D. Manuel Abascal y Pérez, ingeniero de caminos, canales y puertos, ocurrida en Tudela de Navarra el 31 de Julio de 1913.

I. — Un accidente automovilista.

—¿Cómo están ustedes, Padres? ¿Van de viaje?

—Muy bien; ¿y usted, D. Manuel? ¿A Logroño, eh?

—Sí; hoy tenemos que ir á ver un puente que se está construyendo en la carretera de Logroño á Albelda.

—¿Irán ustedes, por supuesto, en automóvil?

—Ah, sí, desde Logroño en mi cacharro... Pero ya está el tren. Adios, Padres.

—Adios, D. Manuel. Feliz viaje!

El diálogo anterior lo sostenían de pasada en la estación de Tudela el 15 de Julio último, los Padres Profesores del Colegio de Jesuítas y el ingeniero tudelano D. Manuel Abascal y Pérez. El tren procedente de Zaragoza llegó en aquel instante y los Padres esperaron a que bajasen del tren otros jesuítas que viniendo de Manresa habían de hacer escala aquel día en Tudela, para continuar su viaje a Burgos. El ingeniero se había ya colocado en

su coche, y puesto en la ventanilla, esperó á que pasasen los Padres para saludarlos.

—D. Manuel—dijo uno de estos al pasar,—que le vaya á usted bien y que el cacharro no se le rompa.

—Adios, Padres, no se olviden de los que andamos por ahí rodando.

El tren empezó a andar y D. Manuel seguía en la ventanilla sin apartar los ojos de los edificios de Tudela. Llegó un momento en que fijó su mirada en uno de ellos, y con expresión de cariño paternal, lo saludó agitando el pañuelo. Siete pañuelitos blancos respondieron entonces al saludo desde un balcón de la casa, y al desaparecer ésta de la vista del viajero, tras las abruptas laderas del castillo de Sancho el Fuerte, D. Manuel se quitó de la ventanilla, se sentó en el coche y se dejó sumir en hondos pensamientos. La vista de los siete hijos despidiéndole desde el balcón, le había conmovido. ¡Quizás le vino entonces a la memoria el generoso ofrecimiento que hacía dos años había hecho al Señor, como lo atestiguó después de su muerte su director espiritual: «Señor—decía D. Manuel,—quitadme la vida, antes que yo o cualquiera de estos angelitos que me habeis dado, os ofendamos con un pecado mortal.»

¡Quién le había de decir que el Señor iba muy pronto a aceptar su heroica oferta!



D. Manuel Abascal y Pérez, Ingeniero de caminos, canales y puertos. Falleció cristianamente en Tudela de Navarra el 31 de Julio de 1913

Llegó a Logroño, se avistó con el Jefe de Ingenieros D. Teófilo Rodríguez de los Bascones, y ambos montaron en el ligero Ford, en el «Cacharro», como le llamaba D. Manuel. Partió veloz el auto con dirección a Albelda, dejando pronto atrás a un automóvil del Sr. Trevijano, que iba en la misma dirección. Doblaron una vuelta de la carretera y desaparecieron entre una nube de polvo. Cuando el auto del Sr. Trevijano dobló la misma curva, se presentó a sus ojos la carretera recta y expedita en unos cuantos kilómetros; no se veía en ella más que un pesado carro de transporte. ¿A dónde había ido a parar el automóvil de los ingenieros? Imposible que tan pronto hubiese recorrido la larga cinta blanca de carretera que se ofrecía a la vista.

El auto del Sr. Trevijano se paró, y los que en

él iban observaron atentamente al rededor. Voces de socorro se oyeron entonces de hacia un lado de la carretera, próximo al lugar por donde el carro pasaba. Bajaron del auto, acuden al sitio de donde parecen salir las voces, y a unos cuantos metros de la carretera, dentro de un pozal de seis metros de profundidad existente en una pradera vecina, encuentran volcado de campana el automóvil de los señores ingenieros. Estos y el chafter se hallaban debajo sin poder salir. El Sr. Trevijano, conociendo que era imposible entre tres levantar un auto volcado, sin hacer daño a las víctimas, que bajo él estaban (Dios sabe en qué estado), montó de nuevo en el suyo y partió a una fábrica próxima a traer obreros para practicar el salvamento.

Cuando éstos levantaron a pulso el Ford y los viajeros fueron sacados, se pudo apreciar bien el estado de cada uno. Resultaba herido el Jefe; con una pequeña luxación el chafter; y el Sr. Abascal con heridas de importancia en el parietal y en el codo izquierdo y una luxación en el tobillo derecho.

Los tres heridos fueron inmediatamente conducidos al Hospital de Logroño en el auto del Sr. Trevijano y visitados por numerosos amigos. D. Manuel, que desde un principio había perdido el conocimiento, pocas horas después al volver en sí, pedía le trajesen un crucifijo, que llevaba siempre consigo en el bolsillo de la americana.

II.—Quién era D. Manuel Abascal.

Si por el duelo que manifiesta un pueblo al desaparecer una persona, se pueden apreciar los méritos de ésta, por el duelo manifestado en Tudela al tener noticia del accidente ocurrido en Logroño a D. Manuel Abascal, podríamos formarnos una idea de lo que era en la opinión de todos el malogrado ingeniero.

Hacia las seis de la tarde se recibió en Tudela el telegrama portador de la triste noticia. Como un rayo se esparció ésta por la ciudad, y entonces se echó de ver la universal simpatía que gozaba en Tudela el Sr. Abascal.

A casa de su padre político D. Angel Frauca, médico apreciadísimo del Colegio de San Francisco Javier, y no menos estimado en la ciudad por sus virtudes y talento, comenzaron a acudir personas de todas clases, que iban a enterarse frecuentemente de las últimas noticias.

El diario de Tudela «La Ribera de Navarra» nos dirá quién era ese hombre por el que tanto duelo manifestó el pueblo tudelano. Dice así:

«El Sr. Abascal era ingeniero de caminos, canales y puertos. Hizo su carrera con gran brillantez, entrando inmediatamente á formar parte del Cuerpo de Ingenieros del Estado, siendo destinado primero a Huesca y después a Zaragoza, donde vivió bastantes años. Cuando se trató de instalar en Tudela la Fábrica Azucarera, se consiguió a fuerza de gestiones trasladarle a esta ciudad y aquí vino renunciando al cargo que tenía en Zaragoza, quedando al frente de la fábrica como Director, hasta el año pasado en que hizo su renuncia. Reingresó entonces en el Cuerpo de Ingenieros, siendo destinado primero a la División Hidrológica de Zaragoza, después a Bilbao, y por último a Logroño, donde se hallaba desempeñando su cargo cuando le ocurrió el accidente al ir a desempeñar su deber... Durante el curso de su enfermedad, se han puesto bien de manifiesto las generales simpatías de que gozaba, es-

cuchándose por todas partes frases de elogio y elevándose muchísimas oraciones al cielo, pidiendo a Dios conservase una vida que tanto se apreciaba. Su carácter afable y bondadoso acortaba distancias y dejaba que se acercasen a él todos, altos y bajos, pobres y ricos. Su trato era amenísimo y ocurren en extremo, no habiéndolo abandonado durante su enfermedad, admirando a todos su presencia de ánimo, pero jamás se permitió zaherir a nadie, porque guardaba un profundo respeto a todos. Su muerte es considerada por todos como un día de luto para nuestra ciudad, pudiéndose afirmar que hoy la conversación dominante y casi única, es la muerte de nuestro querido amigo.»

Así se expresaba el citado diario el día del funesto desenlace. Y ¿era este D. Manuel Abascal? Era algo más todavía; y lo vais a ver enseguida si os trasladéis conmigo a Logroño y no le dejamos hasta el momento en que entregó su alma al Creador.

III.—Desde Logroño a Tudela y desde Tudela al Cielo.

A los dos días del accidente se recibieron en Tudela noticias, de que el estado del herido era alarmante. La amputación del brazo izquierdo parecía indispensable, y por otro lado el enfermo no podría resistir la operación y mucho menos el cloroformo.

El R. P. Santiago Sádaba, Rector del Colegio, acompañado de otro Padre, partió enseguida para Logroño con el fin de visitar y ofrecer sus servicios a una persona tan íntima del Colegio, como era don Manuel Abascal.—Era el 18 de Julio. La operación iba a verificarse a las nueve de la mañana. A las cinco llegaron los Padres a Logroño e inmediatamente se dirigieron al Hospital. D. Vidal, hermano del paciente, los salió a recibir y los condujo a la habitación del herido.—Manuel, dijo a éste, aquí está el P. Rector de Tudela.—D. Manuel se avivó un poco y dijo: Muy bien venidos, Padres. ¿Qué? ¿Han venido a ver mis huesos?—Poco después entraban en el aposento su esposa D.^a Josefa Frauca, y su hermana D.^a Susana Abascal.—Estas, dijo D. Manuel al P. Rector, están aprendiendo el oficio de Hermanitas de la Caridad, para quedarse aquí después que yo me muera.

—¡Con tanta tranquilidad hablaba de la muerte el que no tenía por qué temerla!

A las nueve se reunieron en consulta los médicos con el Doctor Lozano de Zaragoza, y fueron de opinión que la amputación del brazo no se hacía tan necesaria como el día antes se había creído. Se habló entonces de trasladarle a Tudela, y al comunicárselo al enfermo, contestó éste graciosamente: «Estoy conforme, con tal que esta vez no se haga el viaje en automóvil.»

Pocos días después era trasladado a Tudela, y durante varios días las heridas presentaron mejor aspecto. Esto trajo a todos la esperanza y la alegría. Hasta los tres hijos de D. Manuel Abascal, alumnos del Colegio, que desde el día del accidente los habían tenido en casa sin dejarles salir fuera, volvieron otra vez al Colegio a corretear y jugar por los patios, como lo solían hacer antes en compañía de otros colegiales internos. Pero por disposición de Dios, aquellas alegrías se convirtieron otra vez en penas, y aquellas esperanzas se resolvieron en tristes presentimientos.

Lo que nadie había pensado, se presentó enton-

ces el terrible «tétanos». Sin duda ninguna que Dios quería para sí aquella víctima. El 29 le fué amputado el brazo por si acaso todavía se cortaba la infección nerviosa. D. Manuel se prestaba a todo con una serenidad admirable. Se confesó antes con devoción, y luego decía graciosamente a los que allí estaban: «Ahora me pondrán en la manga izquierda de la chaqueta un bolsillo para meter los cigarros y las cerillas.» Con motivo de su testamento entró a verle D. Fernando Morales, caballero muy distinguido en Tudela e íntimo amigo de D. Manuel, con quien solía pasear a menudo. «D. Fernando, dijo el enfermo al verle entrar, ahora voy a ver los petardos de que hablamos el otro día en el paseo.»—«¿De qué



D. Angel Frauca, Doctor en Medicina, Presidente del Apostolado de la Oración en Tudela de Navarra, y médico del Colegio de San Francisco Javier

petardos?»—«De los del Juicio de Dios,» respondió D. Manuel con una serenidad de alma que dejó asombrado al visitante.—Entonces recordó este que hacía pocos días habían hablado en paseo de los petardos que se había de llevar uno el día del Juicio, viendo quizás justificado al que aquí condenamos, y condenado al que tuvimos por justo. Con tanta tranquilidad y confianza miraba acercarse la muerte y tras ella el Juicio de Dios, el que vivía siempre en gracia del Juez que le había de juzgar, y al que recibía diariamente en el banquete eucarístico.

Concurso inmenso acompañó al Santo Viático, que D. Manuel recibió con singular devoción. Después, cuando llegó la hora de despedirse de su esposa, se expresó así aquel modelo de esposos cristianos: «No llores: sé fuerte, que si como espero, el Señor me lleva a su mansión, desde allí he de cuidar de tí, de nuestros hijos y de toda la familia.»

La única preocupación que tuvo antes de su muerte, fué la cristiana educación de sus hijos. Eran siete los que dejaba a su cristiana esposa: cuatro niñas y tres niños.—«Cuidádmelos bien y educádmelos en el santo temor de Dios y en las doctrinas católicas de la Iglesia», dijo antes de morir a su padre político D. Angel Frauca.—Y ciertamente que a nadie mejor podía recomendar la educación de sus hijos, que a ese dechado de caballeros cristianos, de

cuyos buenos ejemplos tantas veces nos hemos edificado los colegiales de Tudela.

Tampoco se olvidó D. Manuel de que después de su muerte podía aún seguir haciendo el bien, y entre sus legados figura uno cuantioso para la prensa católica.

El 30 y 31 de Julio fueron días en que Dios quiso aquilatar las virtudes del enfermo, que muy pronto iba a dejar esta miserable vida para unirse a su Criador. ¿Es que le quiso el Señor purificar, o le dió el purgatorio en esta vida? No lo sabemos; pero intensos dolores, contracciones horribles de nervios



Angel, José María y Alfonso Abascal, hijos del malogrado ingeniero D. Manuel Abascal, alumnos del Colegio de San Francisco Javier, en Tudela

se apoderaron de su cuerpo y cuarenta y ocho horas de tremendas sacudidas, fueron el último trago del cáliz de la amargura que el Señor le hizo beber en su vida.

A las diez de la noche del 31 sobrevino al enfermo gran postración y agotamiento de fuerzas; y una hora más tarde, a las once y cuarto, entregaba plácida y dulcemente su alma a Dios. Estaba para espirar el día de San Ignacio y para amanecer el 1.º de Agosto, primer viernes de mes. ¡Coincidencia providencial! El enfermo, devotísimo de San Ignacio de Loyola y del Sagrado Corazón de Jesús, había manifestado varias veces a su hermana durante su enfermedad, que deseaba comulgar el día de San Ignacio y el primer viernes de mes. ¿Quisieron quizás el Sagrado Corazón de Jesús y San Ignacio de Loyola que los deseos de unirse a Cristo en la Eucaristía, se le cumpliesen a D. Manuel con una unión eterna en el cielo?

La noticia de que había muerto D. Manuel Abascal cundió enseguida por la población, causando profundo duelo. Los funerales se celebraron con in-

menso concurso de gente, comisiones de Logroño, y altas representaciones. Pero sin duda ninguna que lo que más agradeció el alma de D. Manuel Abascal fueron las fervientes oraciones del pueblo tudelano, que acompañó sus restos mortales a la última morada con una doble hilera de más de 300 hachas, y el sincero afecto con que los hijos del trabajo, los obreros de la Azucarera siguieron el féretro con una corona mortuoria que decía: «Los obreros de la Azucarera a su antiguo Director.»

D. Manuel pertenecía a la Orden Tercera de San Francisco, y así fué amortajado con el hábito franciscano. Su nombre en la Orden Tercera era Ignacio de Loyola. El devotísimo de la Orden seráfica y de la Compañía de Jesús, murió (otra coincidencia singular) entre el día de San Ignacio y el de la Porciúncula del Serafín de Asís.

Confiamos en que los santos Patriarcas llevarían muy pronto su alma a gozar de Dios en el cielo. Honrémosle nosotros rogando por su eterno descanso, y aplicándonos a seguir los ejemplos de virtudes cristianas con que santificó su vida hasta lograr la muerte de los Justos.

Francisco Cavada

El Sr. D. Javier García, falleció en Salas (Asturias) el 23 de Octubre de 1913, recibidos los Santos Sacramentos.

Su hijo Antonio G. Pruneda, le encomienda en nuestras oraciones.

Colegio de Gijón

EL PRIMER MES DE CURSO

La gran mayoría de los alumnos acudió con laudable fidelidad el día señalado para cada una de las Divisiones, y el primero de Octubre se reunió todo el Colegio en la iglesia para la invocación al Espíritu Santo y misa celebrada por el R. P. Rector, que hizo después y recibió a los demás Padres la solemne profesión de fé prescrita por S. S. Pio X.

Terminado este acto entramos en nuestras respectivas clases, que se redujeron ese día al señalamiento de lecciones, y comenzaron el siguiente con toda regularidad.

El primer viernes del mes y el domingo, festividad de la Virgen del Rosario, fueron de Comunion general libre con que nos dis-

pusimos a practicar los Ejercicios espirituales, durante los días 6, 7 y 8, bajo la dirección del R. P. Dávila, cuya oratoria persuasiva y ferviente hizo que brillasen con nueva luz las verdades eternas en nuestra inteligencia y comunicaran nuevo esfuerzo a nuestra voluntad, para ajustarse a ellas en todos los actos de la vida. El día 9, fué la solemne Comunión general de todo el Colegio; y tanto en este acto como en los de Ejercicios cantamos delicadas plegarias.

La salida a recreo fué después particularmente alegre para los que durante los Ejercicios ofrecieron a Dios el sacrificio de guardar silencio, como todos los de la primera división y bastantes de la tercera.

Según lo convenido, se jugó por la mañana un interesante partido de *foot-ball* entre los primeros equipos de la tercera y la primera división. La lucha fué enconada, y

aunque el número de tantos dió la victoria a la primera, la opinión reconoció que la tercera era sobradamente capaz de obtenerla, y aplazó a los jugadores para el combate decisivo el día primero de Noviembre.

Para la hora de la comida nos esperaban en la quinta que posee en Somió el Sr. Obispo de la diócesis; y allí, sentados a la sombra de frondosos árboles, y respirando el ambiente perfumado de auras y flores otoñales, disfrutamos de rústico banquete que restauró nuestras fuerzas, y provistos de merienda emprendimos después magnífico paseo, hasta el oscurecer en que volvimos al Colegio, a recibir en la capilla los últimos consejos del Director de los Ejercicios y la bendición Papal y del Santísimo Sacramento.

Joaquín N.

Alumno de sexto año.



COLEGIO DE GIJÓN. — Los seises de la Inmaculada en 1913

La Iglesia y el paganismo

Voy á referiros dos escenas diametralmente opuestas sucedidas en el Maduré; la primera, cuando estaba sepultado en la noche oscura del paganismo; y la segunda, cuando empezó a ejercer su benéfica influencia la Iglesia Católica, nuestra amantísima Madre.

Acababa de morir en 1710 un anciano Príncipe del Maduré. El temor de ser deshonradas y de llegar a ser el escarnio del

pueblo hizo arrojarse a sus 47 esclavas a un fuego voraz encendido en un gran hoyo abierto fuera de la ciudad y cargado de leña en forma de brasero. Colocaron sobre él el cuerpo del difunto ricamente adornado: a una señal de los Brahmanes se avivó la llama; entonces apareció el grupo infeliz de las mujeres, quienes como otras tantas víctimas destinadas al sacrificio se presentan adornadas con ricas perlas y coronas de flores: dan varias vueltas alrededor de la hoguera cuyo ardor se dejaba sentir de muy lejos. La principal de ellas tenía el puñal del difunto, y encarándose con el sucesor del Trono, le dijo: «Ves aquí el puñal con el

que triunfaba el Príncipe de sus enemigos; no lo emplees en otras cosas y guárdate bien de teñirlo en la sangre de tus vasallos; gobiérnalos, a su ejemplo, como padre, y vivirás dichoso como él vivió por largos años. Ya que ha fallecido, nada basta para detenerme en esta vida.»

Dicho esto y colocando el puñal en manos del Príncipe, volviendo fieramente la cabeza al brasero e invocando el nombre de sus dioses, se arrojó en medio de las llamas.

La segunda era la hermana del Príncipe Tondonman quien se hallaba presente a este detestable sacrificio. Cuando recibió de las manos de la Princesa las joyas con que estaba engalanada, no pudo contener las lágrimas y asiéndola del cuello la abrazó con gran ternura. Ella se quedó, al parecer, insensible; y mirando con valor ya á la hoguera, ya a los asistentes, siguió el ejemplo de la primera.

Las demás, unas alegres, otras tristes y como espantadas, hicieron lo mismo sin tardanza. Una de ellas, aterrorizada, corrió a abrazar a un soldado y a pedirle la libranza. Espantado éste la apartó de sí con violencia y la hizo caer de espaldas en la hoguera. Pero por más intrépidas que pareciesen las infelices víctimas del demonio, apenas sintieron el ardor del fuego se echaron unas sobre otras, dando horriblos alaridos y saltos para salirse del hoyo. Los concurrentes arrojaron sobre ellas más leña, ya para oprimirlas con su peso, ya para aumentar el incendio. Consumidos sus cuerpos, se acercaron a la hoguera aún encendida los Brahmanes. e hicieron sobre sus calientes cenizas mil supersticiosas ceremonias. Recogidos al día siguiente sus restos y envueltos en ricas telas los arrojaron al mar. Cegaron después el hoyo; edificaron sobre él un templo y ofrecieron cada día sacrificios en honra de las infelices víctimas, quienes desde entonces fueron colocadas en el número de las diosas.

Después de contemplar semejante acción, penetrad conmigo en casa de dos ancianas mujeres cristianas. Sus hijos se hallan encarcelados en estrecha prisión por orden del Príncipe, después de haber trabajado con infatigable celo en la viña del Señor; están continuamente esperando nuevas de sus queridos hijos; oyen por fin que han sido muertos por la fe de Jesucristo.

Venid, pero no a presenciar la brutal costumbre de las mujeres paganas, sino las suaves y delicadas escenas del cristianismo.

Contemplad a una de ellas de rodillas, mirando al cielo y diciendo estas palabras: «Ahora sí qué soy y me reconozco dichosa, ¡qué dicha para mí haber criado a un confesor de Jesucristo! Pero, hijo mío, no basta que tú hayas derramado tu sangre, pide al Señor que también la derrame yo por su Nombre, que sea fiel a su gracia, que no me abandone jamás!» La otra se halla junto al fogón conteniendo en su seno, a un nietecito de tres años, dormido suavemente al calor del fuego: oye ella también que su hijo ha muerto como valiente soldado de la Iglesia. La buena cristiana se levanta, toma en sus brazos al niño y le dice: «Hijo mío, dichoso tú que tienes en el cielo a tu querido padre; dichosa también yo que tengo un hijo mártir; nos han quitado lo poco que teníamos. Pero ¿qué nos importa? La fé suplirá lo que nos falta.»

Dichosos en verdad los padres de tales hijos, dichosos sobre todo por la fe que les abrió los ojos para ver que no se acaba todo con la muerte de los seres más queridos y que después de esta vida hay algo que nos pertenece como parte de la herencia de nuestro Padre que está en los cielos.

Javier

Congregante Mariano



consejamos a nuestros lectores que practiquen la novena privada en honor del P. Bernardo Francisco de Hoyos, para el día 29 de Noviembre, aniversario de su santa muerte acaecida en Valladolid el año 1735, después de una vida llena de extraordinarias misericordias y gracias so-

brenaturales del Corazón Sacratísimo de Jesús, cuyo culto propagó en España con maravilloso celo.

La causa de su beatificación sigue tramitándose en Roma favorablemente.



Con el sudor de tu rostro comerás el pan

¿Oyes la sentencia? En nuestro primer padre fué pronunciada contra todos nosotros, y desde entonces el hombre ha nacido para trabajar, como el ave para volar. El trabajo en esta vida forma en cierto modo parte de la naturaleza humana; es una parte esencial

fuerzo, sin trabajo y aplicación? ¿No ves los callos en las manos del campesino que desea adquirir una posición desahogada? ¿No ves las huellas del trabajo constante en los rasgos severos de la fisonomía del genio, del artista célebre, del maestro en el arte de pensar y de hablar? ¿No ves cómo el hombre de ciencia pasa las noches en el estudio y sólo á costa de todo género de esfuerzos penetra en las profundidades de la ciencia? La verdadera cultura, la propia perfección son imposibles sin trabajo, sin esfuerzo y sin lucha.

Levántate pues, oh joven, y cobra ánimo.



Con el sudor de tu rostro comerás el pan (Gén. III, 19)

del destino del hombre en la tierra. El hombre no puede ni debe sustraerse a esta ley. Si se sustrae á esta ley, se destruye, pone en peligro su vida, su verdadera dicha, su dignidad, compromete su semejanza con Dios, cae en la inacción, y sus facultades se embotan.

¿Dónde, en qué esfera de la actividad humana, se ha obtenido algún fruto sin es-

Entra pues resueltamente por este camino del trabajo, y siembra en nombre de Dios con lágrimas y sudores el grano de semilla. No tardará en llegar el día que ha de poner en tu seno magníficas gavillas, el día de la recolección y de la recompensa superabundante.

Aunque el día de la recolección tarde en llegar en esta vida, y siempre se vea obs-



Preciosa muerte de San José Oriol, que quiso se cantaran junto á su lecho sagrados himnos, mientras era asistido por un P. Carmelita.

curecido por las nieblas de este valle de lágrimas, allá, en la otra vida, te espera un día de descanso, un día sin noche, un sol eterno, un día cuyo júbilo nunca se acaba.

¡Cuánto mejor es trabajar aquí en la tierra para descansar allí, que no descansar aquí y padecer eternos tormentos en la otra vida! De los condenados se dice, en efecto: «El humo de sus tormentos sube hasta la eternidad, y ellos no tienen descanso ni de día ni de noche.»

Pero en el Cielo el reposo será eterno. He aquí, dice el Espíritu Santo, que los justos descansarán de todos sus trabajos. Sus obras les han preparado un lugar de descanso.

Entonces dirás: No he rehusado un corto trabajo y por esto he hallado un descanso eterno. Entra, alma mía, a gozar de tu descanso, pues el Señor te ha hecho misericordia. El ha librado mi vida de la muerte, a mis ojos los ha preservado de las lágrimas y a mi pie de dar en el abismo. Ahora alabaré yo al señor en el país de los vivos, de los que descansan, de los bienaventurados.

Doss.

APOSTOLADO de la ORACIÓN

Primer grado

NOVIEMBRE

Intención General aprobada y bendecida por Su Santidad

La lectura espiritual.

ORACIÓN PARA ESTE MES

Oh Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón.

Os las ofrezco, en particular, para que los cristianos se dediquen a la lectura espiritual.

RESOLUCIÓN APOSTÓLICA

Formarse una biblioteca espiritual, sólida, y leerla.

El Cristiano en el Tribunal de la Penitencia

Guía práctica para confesarse bien: escrito en alemán por el P. Fr. Fructuoso Hockemaier, O. F. M.—Un volumen de 650 páginas, tamaño 10 por 16.—3 pesetas en rústica y 3,50 en tela. Tipografía Católica, Pino, 3, Barcelona. Traducida de la 16.^a edición alemana por el P. Salvador Esteban, de los Misioneros del Corazón de María.

La obra del Franciscano alemán es notable bajo todos conceptos: su lectura produce en las almas la paz que necesitan para adelantar en el camino de la virtud, resuelve las dudas de conciencia, y da respuesta clara y segura á los mil problemas de la vida interior. El autor, después de ponderar cuán gran dicha es el Sacramento de la Penitencia, traza de mano maestra el directorio para hacer una buena confesión, enseñando con meridiana claridad qué es pecado, qué mortal y qué venial, qué conciencia recta, qué dudosa, qué escrupulosa, etc., con numerosos apéndices notabilísimos sobre la elección de estado, el trabajo, la satisfacción, etc., y pasa a hablar de la reconciliación con Dios, enseñando cómo debe hacerse el examen, de la contrición, del propósito, de la satisfacción, y enseña a preparar bien una confesión general y cómo serán fructíferas las confesiones frecuentes de las personas piadosas... Imposible resulta detallar en breves líneas lo mucho bueno que contienen las 650 páginas de esta obra, de cuyo mérito nada común es prueba el haber sido traducida a once idiomas europeos, obra que creemos debe figurar en la biblioteca de las familias cristianas, junto a las clásicas obras del P. Rodríguez y el «Año Cristiano» del P. Rivadeneira. Y si tan interesante y útil es para los católicos seculares, «para los directores de almas, dice el Dr. Sardá y Salvany en su «Revista Popular», debe reputarse un verdadero tesoro, pues les hará práctico lo más

arduo de su difícil ministerio en orden á desvanecer en las almas de sus dirigidos dudas y falsas inteligencias, que frustran á veces en gran parte el resultado de una buena confesión ó impiden hacerla.» A sacerdotes y seculares recomendamos la nueva obra.

* * *

La Mejor Madre:

virtudes y glorias de María

Por el P. Alejandro Gallerani, de la Compañía de Jesús, traducido de la novena edición italiana por el P. Buenaventura Sabaté, de la misma.—Un volumen de 400 páginas, tamaño 10 por 16 centímetros. Precio, 2 pesetas en rústica y 2,50 en tela.—Tipografía Católica, Pino, núm. 5, Barcelona.

Es libro de devoción mariana que recuerda en muchos puntos la tan conocida y clásica de San Alfonso M.^a de Liguorio. Recorre los títulos principales por los que debe el buen cristiano filial afección a la Reina de los cielos, y moverse á la imitación de sus virtudes.

El P. Gallerani es conocidísimo de los católicos de España y América por sus tan meritísimas obritas: «Jesús Bueno», «Jesús Santo» y «Jesús Grande», en las que, con palabra de apóstol y corazón de hijo, enseña los encantos, la felicidad que encierra seguir, servir e imitar a Jesús. El amor a Jesús que aquellas páginas respiran, las de *La Mejor Madre* lo respiran a María; a Ella llevan las almas para que se abran a la confianza, sientan las caricias de la Mejor Madre, que consolándolas y regalándolas las acompañará al Corazón de Jesús, cuyas virtudes, aprendidas de labios de María, las resolverán, agradecidas, á consagrarse a El sin reserva *per Maria m-ad Jesum*. Recomendamos este librito á todas las personas piadosas, seguros de que su lectura les aprovechará y regalará santamente.



ANGELES DE LA TIERRA

GALERÍA DE JÓVENES ILUSTRES

PUBLICADA POR

“Páginas Escolares”

LA revista PÁGINAS ESCOLARES, redactada por alumnos de los Colegios de la Compañía de Jesús, ha emprendido la publicación de una serie de folletos, titulada *Angeles de la Tierra*.—*Galería de jóvenes ilustres*, realizando así un proyecto por muchos acariciado, de reunir en una variada é interesante colección, selectas biografías de jóvenes verdaderamente ilustres por sus virtudes y cristiana educación, que fueron en vida la honra de los Colegios y Congregaciones, y formar con ellas un ramillete de flores tan exquisitas que con su hermosa variedad y fragancia pueda hacer las delicias de la juventud.

Pero en lo que se ha extremado la diligencia ha sido en armonizar todo lo posible dichas cualidades con la economía de los precios, que son los siguientes:

25 ejemplares, 4,50 pesetas. 50 id., 7 id. 100 id., 12 id.

Se imprimen en series de á cuatro, con los que se forman al propio tiempo preciosos tomitos, á los precios siguientes:

12 ejemplares, 9,50 pesetas. 25 id., 17 id. 50 id., 30 id.

Van publicados:

Núm. 1 San Estanislao de Kostka.

Núm. 3 Ricardo Grazioli.

» 2 Luis María Sagnier.

» 4 Antonio Santovetti.

Próximos á publicarse:

San Luis Gonzaga, Francisco Romero, Eduardo Palazzi, Dámaso Ripoll.

Diríjanse los pedidos al

Sr. Administrador de «Páginas Escolares» - Colegio de la Inmaculada
Apartado 32, Gijón (Asturias).

PÁGINAS ESCOLARES

Revista Mensual Ilustrada
PARA JÓVENES ESCOLARES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA

ULTRAMAR

Un año..... 6 pesetas

Un año..... 7 pesetas

Número suelto..... 0,60 »

Número suelto..... 0,75 »

FRANQUEO CONCERTADO

Colegio de la Inmaculada, Apartado 32—GIJÓN (Asturias)

No se devuelven los originales, aunque no se publiquen.

Centros de suscripción: Todos los Colegios de la Compañía de Jesús.